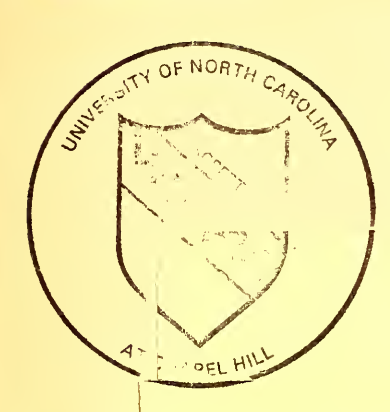
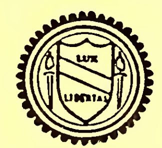

a 00002 64644 4


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA



1957

La

Catastrofe

de

Burgos

ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ y ANTONIO CASERO

La catástrofe de Burgos

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS, EL PRIMERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

LA CATASTROFE DE BURGOS

LA CATÁSTROFE DE BURGOS

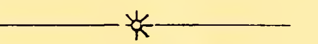
JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS, EL PRIMERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

original de

ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ y ANTONIO CASERO

Estrenado en el TEATRO LARA el 24 de Diciembre de 1913



MADRID

G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROMANA	Leocadia Alba.
HERMINIA	Carmen Seco.
MAGDALENA	Virginia Alverá.
SOTERA	Eugenia Illescas.
SEVERA	Carmen Herrero.
ESCOLÁSTICA	María Mobellán.
LA DEL CAFETÍN	María Fernández.
CHULAPA 1.ª	Clementina Rivera.
IDEM 2.ª	Clotilde de la Fuente.
BURGOS	Ramón Peña.
CAÑAS	Salvador Mora.
PACO	Nicolás Perchicot.
ANGELITO	José Mora.
BONILLA	Antonio P. Indarte.
CHAPARRO	Miguel Mihura.
JUERGUISTA	Miguel Mihura.
DON BONIFACIO	Manuel Collado.
DON RAMIRO	Eduardo Zaragozano.
OBRERO 1.º	Jesús Tordesillas.
IDEM 2.º	Eduardo Zaragozano.

LA ACCION EN MADRID

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Telon de calle en primer término. A la derecha una mesa ordinaria con cajón como las que tienen los puestos ambulantes de cafetines y dos sillas de hierro.

ESCENA PRIMERA

OBRERO 1.°, IDEM 2.°, LA DEL CAFETÍN y BONILLA, Guardia urbano, que está sentado junto á la mesa. Es al amanecer. Al levantarse el telón se oye en un reloj de torre las cuatro

Obr. 2.° ¿Pero á mí qué me vas á contar? (Bebiendo.)

Obr. 1.° Y eso sería lo equitativo y lo racional y lo justo, y lo otro es ir á un desbarajuste social ú si se quiere bancarrota, que ni á ti ni á mí, ni al otro, ni al de más allá le conviene, porque atenta al garbanzo que te comes tú, yo, el de allí, el otro y el de más allá, ¿eh? ¿te haces el cargo?

Obr. 2.° (Bebiendo.) ¿Pero á mí qué me vas á contar?

Obr. 1.° Y lo demás son pamplinas ó ilusiones de cuatro majagranzas que no entienden más que de extender el yeso con la llana y picar un tabique.

Obr. 2.° (Bebiendo.) ¿Pero á mí qué me vas á contar?

Obr. 1.° Abuela, ¿qué se debe?

La del C. Quince céntimos.

Obr. 1.º Ahí van dos gruesas. (A la del Cafetín.) ¿Tú me comprendes? Pero vete á arreglar ese laberinto.

La del C. Una chica que sobra. (Dándole cinco céntimos.)

Obr. 1.º Claro, que quién es el guapo que se mete. ¿Tú, yo, el de allí, el otro y el de más allá? ¡Narices! Eso sí, que luego mucho zurriburri, que si el fondo social, que si la huelga, y que van á verte, y que si contamos contigo pa los seis riales del Montepío, y que haz el favor de hablar al *Garlopa* pa que apronte dos pesetas para el socorro mutuo, y que te hablo á ti, y que cuento con las tres pesetas pa el ahorro mancomún.

Obr. 2.º ¿Pero á mí qué me vas á contar? (Vanse charlando por la izquierda.)

ESCENA II

LA DEL CAFETÍN y BONILLA. A poco JUERGUISTA y CHULA PAS por la izquierda

La del C. (A Bonilla que está sentado junto al puesto de café.) ¿Qué tal la verbena, señor Gregorio?

Bon. Na, lo de siempre. Dos docenas de bailes callejeros pa los pollos del barrio, mil y pico de simples que van á dar una vuelta por la verbena pa no ver na, tres mil copas vendidas, deciocho borrachos efectivos, catorce que lo simulan y cuatro broncas de guapos que van á la Comisaría sin haberse tocao; lo mismo que cuando yo tenía deciséis años.

La del C. ¿Qué siglo fué?

Bon. Al siguiente del que usté vino al mundo

La del C. Pues hace un rato prolongao.

Bon. ¿Qué me ha dao usté antes?

La del C. Monóvar.

Bon. Ahora deme usté triple.

La del C. ¿Anís?

Bon. No; triple de lo que me dió antes, porque tié usté unas copitas que deben ser pa yodo. (Se oye cantar dentro el «Alirón ¡pon! ¡pon! ¡pon! ¡pon!» y sale por la izquierda Juerguista con dos

Chulapas con mantones de Manila, éstas traen pitos de verbena y flores.)

Juer. ¡Alto! ¡Chist! ¡Silencio! ¡A ver si ahora la enfilo! (Empieza á cantar muy bajito el aria de tenor de *Marina*: *Costas las de Levante, playas las de Lloret, dichosos los ojos*, y al llegar á «que os vuelven...» da un grito espantoso. A la del Cafetín se le cae la bandeja de los vasos que friega sobre el lebrillo. El señor Bonilla se cae de la silla asustado, produciendo todo esto un gran estrépito. El Juerguista pregunta asombrado.) ¿Pero qué he cantado yo, *Marina* ó *La Tempestá?*

Bon. (Asustado.) Ha cantao usté las cuarenta.

La del C. (A Bonilla.) ¿Se ha hecho usted daño?

Bon. Una ligera equimosis; pero gachó, qué nota; gracias á que la esperaba, que si no me mato.

Juer. Cafetera, sírvanos tres sublimaos, y aquí al Guardia lo que haya estao bebiendo toda la noche.

Bon. Se agradece.

Chul. 1.ª Bueno, tú, melopea, á ver si va á poder ser que nos vayamos á dormir.

Juer. Va en seguida. (A la del Cafetín.) Torre de Babel, ¿qué se debe?

La del C. Treinta céntimos, monoplano.

Juer. ¿Yo monoplano?

La del C. Lo digo por lo moderno.

(Se van por la derecha los tres del brazo cantando el «¡Alirón! ¡Alirón! ¡pon! ¡pon! ¡pon! ¡pon!)

Bon. ¡Qué festivos!

La del C. ¡Allá cuidaos! (Dentro se oye al Juerguista que vuelve á cantar «Marina». La del Cafetín y Bonilla escuchan y con impaciencia esperan que llegue la nota difícil, y al llegar á ella dice la del Cafetín.) ¡Agárrese usted, Bonilla!

Bon. (Que no oye la nota.) No; la ha dejao pa mañana. Me voy que es la hora del relevo.

La del C. Y yo también, que es tarde.

(Empieza á recoger el puesto y Bonilla se va por la derecha.)

ESCENA III

LA DEL CAFETÍN, ANGEL BURGOS y CAÑAS, que salen corriendo por la izquierda

Burgos Con su permiso, buñolera. (Sale corriendo y escondiéndose detrás del puesto de café, con gran asombro de la del Cafetín.)

Cañas (Que no le ha visto.) ¡Burgos! ¡Burgos!

Burgos ¡Chist! ¡Calla, calla, por Dios! (Asomando la cabeza.)

Cañas Pero ¿qué es?

Burgos ¡Chist! Espera, sí, sí es él.

Cañas ¿Quién?

Burgos Él mismo.

Cañas ¿Qué mismo?

Burgos No me cabe duda, pero seguramente no me ha visto.

Cañas ¿Pero quieres decirme quién es?

Burgos El portero de mi casa, Matías el portero; pero no me ha visto. ¡Ay, respiro! (Sale del escondite. Echándose en brazos del amigo.) ¡Ay, Cañas de mi alma! ¡Ay, Cañas de mi corazón! Has truncado mi felicidad futura, el porvenir de mis hijos, la tranquilidad de mi mujer, todo, todo.

Cañas Pero, oye, oye; es qué yo te he puesto un puñal florentino junto al tórax, diciéndote: «¿O vienes ó te traspaso?»

Burgos No, si no te inculpo; si yo inconscientemente he sido causa de mi desgracia; ¿pero qué hago ahora? ¿Cañas, qué hago ahora? ¡Retomate, espera! (Trata de ocultarse detrás del amigo.)

Cañas ¿Qué es?

Burgos ¡Tápame!... no, no es; se me había figurado la cocinera de mi casa: pero ésta es gorda y rubia y la de casa es delgada y morena; ¿dónde he puesto yo el pañuelo? (Buscando por los bolsillos.) ¡Caray! ¿qué es esto? (Sacando un vaso del bolsillo de la americana.)

Cañas Un vaso.

Burgos Pero ¿cómo tengo yo este vaso en el bolsillo?

Cañas ¿Pero tú sabes, Burgos, la serie de atrocidades que has hecho esta noche?

Burgos (Admiradísimo.) ¿Yo? ¿Yo una serie de atrocidades?

Cañas Pero una serie de atrocidades, que á estas horas no estás en la cárcel por milagro divino; da tantísimas gracias á que yo iba contigo, que si no...

Burgos Espera, espera; (Haciendo memoria.) ahora parece que voy recordando... sí, sí, justo. Ayer te encontré á las dos y media: venía yo de recoger un ciento de tarjetas que me había encargado ofreciendo la casa; sí, ya lo recuerdo.

Cañas En las Cuatro Calles.

Burgos Eso es, sí. Cañas, chico, qué sorpresa.

Cañas Burgos, muchacho, ¿de dónde sales?

Burgos ¡Claro, hacía ocho años que no tenía el gusto de verte!

Cañas El tiempo que estuve en Barcelona.

Burgos Sí, justo; y me llevaste á un café de camareras de la calle de Alcalá.

Cañas Donde está Paquita la Muñeca.

Burgos Perfectamente, y aquella muchacha rechonchilla de ojos vivos.

Cañas Sí; la botija de porcelana.

Burgos Y entonces tú me propusiste que cenase contigo y con dos muchachas de Huesca que conocías y además que nos fuésemos por la noche á la verbena de San Lorenzo, ¿y qué te dije yo?

Cañas Me acuerdo perfectamente: «Mira, Cañas, yo soy hombre de costumbres morigeradas, muy amante de la familia y que desde hace veintitrés años que me casé no he dejado de comer en mi casa más que dos veces, una que me invitó un primo mío y otra qué no tenía ganas.»

Burgos Exacto, y tú me replicaste: «¿y tú crees que por una noche que faltes á cenar te va á embalsamar la familia?» Y yo te repliqué: «Si me juras que á las once estoy en mi casa, acepto.»

Cañas Yo te lo juré y nos fuimos á cenar á la *Bombilla* con las chicas de Huesca.

Burgos Eso es, bueno; y desde ese momento se me

ha borrado del cerebro todo lo que ha ocurrido hasta hace un cuarto de hora que he oído tocar las campanas y te he preguntado ¿á qué tocan?

Cañas Y yo te he dicho que á misa.

Burgos Y si veo arder Madrid por los cuatro costados no me aterro tanto; figúrate, Cañas de mi alma, haber pasado toda una noche fuera de mi casa, lo que no había hecho en veintitrés años; bueno, no quiero pensar en ello, porque me vuelvo loco.

Cañas Pero estarás conmigo en que la cosa no es para que te envenenes.

Burgos Poco menos; y oye, Cañitas, ¿qué son esas series de barbaridades que dices que he ejecutado?

Cañas No quiero hablarte, porque ha sido espantoso.

Burgos No, si me lo figuro. Mira, no me he emborrachado en mi vida más que dos veces: ésta y el día que bautizamos á mi hijo Angel, y ya ves, hace veintidós años y todavía lo cuentan en la parroquia. ¡Como que ha pasado á ser una efémerides, y al volver á casa quise matar á mi suegra, que todavía no me había hecho nada.

Cañas ¡Qué bruto! Bueno; pues eso que me cuentas del bautizo de tu primogénito y de tu mamá política, es la escena del sofá comparado con lo que hiciste anoche.

Burgos Me asustas, Cañas.

Cañas Cuando en la Bombilla te presentó la cuenta el camarero, que ascendía á ciento setenta y cinco pesetas...

Burgos ¡Señores, qué robo! Si yo solamente comí un salmonete y dos quisquillas...

Cañas Es que las huríes de Huesca empezaron á pedir Champagne y coñac Domec que era un espanto.

Burgos Pues eso es lo que á mí me ha vuelto loco, el coñac.

Cañas Pues luego agarraste un sifón y ¡zas! á un espejo de cuerpo entero que había en el cuarto, y el pedazo más grande una lenteja.

Burgos ¡María Santísima!

Cañas Claro, subieron los mozos, el dueño, los pa-

rroquianos, y tú dando unos gritos horrorosos y con aires de potentado decías: «Esa luna se pagará lo mismo que estas fuentes, estos platos, esta cristalería.» Y uniendo la acción á la palabra ibas acumulando en el suelo un montón de cacharros hechos cisco.

Burgos El coñac; era el coñac.

Cañas Y después de aquel rompimiento espantoso sacaste el ciento de tarjetas y comenzaste á repartirlas mientras seguías gritando: «¡Ahí está mi nombre! ¡Ahí vivo yo! Y ahí se abonará todo esto y lo que pidan por la Equitativa y el palacio de los Dux de Venecia, so mendigos».

Burgos El coñac, era el coñac; ¿y por qué no me metiste en un coche y me llevaste á mi casa?

Cañas ¡Sí, sí; en un coche! Conque porque te dije: «Burgos, que te ciegas.» Fíjate lo que me hiciste con la cubeta del hielo. (Mostrando un chichón.)

Burgos ¡Pobre Cañas! ¡Te quedarías helado!

Cañas Pero, anda, que lo del tiro al blanco... bueno, no me quiero acordar.

Burgos (Asustadísimo.) Oye, ¿qué fué lo del tiro al blanco?

Cañas ¡Una friolera! Que agarraste una pistola, te volviste al público, que era numeroso, y con unas voces estentóreas decías: «¡Doy cinco duros al que le atice en las narices!»

Burgos ¡Qué barbaridad!

Cañas Excuso decirte que parecía que se había escapado un toro; gritos, desmayos, voces de «¡Guardias! ¡Socorro!...» Vino la Guardia civil, y gracias á que no disparaste, y á qu yo conocía al Cabo, que si no...

Burgos ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!

Cañas Bueno, ¿y el botellazo que le tiraste á aque sordo-mudo?

Burgos ¿Qué sordo-mudo?

Cañas ¿Y lo de la góndola del carrusel?

Burgos ¿Qué góndola?

Cañas ¿Y el disparate de la cervecería con aquél señor alemán?

Burgos ¿Qué animal, digo, qué alemán?

Cañas ¿Y el garrotín que te bailaste en la plaza de Lavapiés, con aquellos treinta golfos? Y, en

fin, ¡el delirio! Y á todo esto, repartiendo tarjetas de un modo que, se te acercaba un mozo á decirte: «¿Qué va á ser?» y le decías: «Ahí tiene usted, un amigo y una casa.»

Burgos ¡Qué enormidad! (Sacando el paquete de tarjetas.) ¡Como que no me quedan más que siete!... Claro, y toda esa gente vendrá á mi casa... (Guarda las tarjetas, se sujeta bien el sombrero, se levanta el cuello de la americana y se abrocha.) Bueno; pues Cañitas, hijo mío, un millón de gracias por todo y hasta la vista. (Tratando de irse.)

Cañas (Deteniéndole.) ¿A dónde vas?

Burgos A Cochabamba, Bolivia, porque tú no querrás que cometa la majadería de ir á mi casa á las... (Buscando el reloj.) Oye, ¿y mi reloj?

Cañas ¿Qué reloj? ¿No te acuerdas que después de bailar el garrotín con los golfos, lo tiraste al alto y gritaste: «El que lo coja, pa él es?»

Burgos Pues, partículas: no me digas más.

Cañas Bueno; tú ahora te vas á tu casa; yo á la mía, y á la noche me contarás...

Burgos ¡Quiá! Tú no me dejas solo, tú vienes conmigo; porque, ¿qué digo á mi mujer y á mis hijos? ¿Cómo justifico diez y ocho horas fuera de mi casa y con el genio de mi mujer?... Tú vienes conmigo, y nos repartiremos los golpes.

Cañas (Asombrado.) Pero, ¿es que tu mujer atiza?

Burgos ¿Que si atiza? Eso sí; buena como un ángel, pero llega el momento, ¿y que si atiza? ¿Notas este bulto que tengo aquí en la espinilla?

Cañas Parece que llevas un melocotón.

Burgos ¡Me tiró una plancha!

Cañas (Tratando de irse.) Bueno, Angelito, hasta la noche, que nos veremos.

Burgos (Cogiéndole.) Que tú no te vas; tú me acompañas á casa y me ayudas á pensar lo que vamos á decir.

Cañas Pero, Burgos, reflexiona...

Burgos Nada, nada.

Cañas (Después de reflexionar.) ¡Ah! ¡Colosal! ¡Estupendo!

Burgos ¿Qué?

Cañas Ya está; ya lo tengo: te has salvado. (Con decisión.) ¡A tu casa!

Burgos ¡Ay, Cañas de mi alma; si me salvas, cuenta con mi gratitud eterna!

Cañas Oye... me darás para pagar la casa este mes, porque chico, tú no sabes...

Burgos Cuenta con la casa, con la calle, con el parque del Oeste y con la estación de las Pulgas.

Cañas ¡Gracias, Angel! (Abrazándole.) Es ¡estupendo! A tu casa.

Burgos ¿Qué se le habrá ocurrido?... (Vanse los dos por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Decoración: Un comedor bien amueblado con puerta al foro. Puertas en primero y segundo término izquierda. Puerta en segundo término derecha y en primero balcón practicable. Mesa, aparadores, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

HERMINIA, ESCOLÁSTICA y SOTERA

Esc. ¡Vamos, señorita; mire usted que va á caer enferma! Ande, Sotera, dele usted la tila: ya verá cómo se aplaca un poco.

Herm. (Llorando desconsoladamente.) ¡No, no quiero tila: quítenme ustedes la tila de delante, que no vea yo la tila! ¡Ay, papaíto de mi alma, ya no te volveré á ver más: ya no vendrás por la noche á mi cama á darme un beso y á decirme, hija mía, que descanses y si algo necesitas, llámame! ¡Padre mío, padre de mi corazón!

Esc. Pero, señorita, ¡por los clavos de Cristo! Ni que se hubiera muerto el señorito.

Herm. Sí, sí; papá ha muerto: ya ha oído usted lo que dice mi madre; que papá, en veintitrés años, no ha faltado ni una sola noche á dormir. ¿Cómo quiere usted que no le haya su-

cedido nada? Mi papá se ha muerto de repente ó se ha tirado por el Viaducto. ¡Ay, mi papaíto rico, papaíto de mi alma!

Esc. ¡Vamos, señorita, tome usted un sorbo!

Herm. ¡Ay, Escolástica! ¡Usted no sabe lo que es quedarse sin padre!

Esc. ¡Ay! Desgraciadamente hace cinco años que lo perdí.

Herm. Entonces sí sabe usted lo que es quedarse sin padre.

Sotera Vamos, vamos, que todavía le queda la esperanza de verle entrar por esa puerta.

Esc. No diré yo que no le haya ocurrido algún contratiempo, porque semos mortales; pero tanto como haber estirado la pata, no lo habrá querido la Santísima Virgen del Socorro. Ahora, que le haya ocurrido algún contratiempo, como le he dicho á la señorita, que verbigracia le haya cogido un tranvía, ó un autromóvil, ú que se haya caído en una zanja de esas de la Elétrica... Bueno; tóo eso le pué haber pasao que nadie está libre de que le ocurra alguna chirigota. (Timbre.)

Herm. ¡Ay, que llaman!

Esc. ¡Por Dios, señorita, no se asuste usted, que lo que haya ocurrío, ya ha ocurrío!

Herm. Es que estoy tan sobresaltada...

ESCENA II

DICHAS, ROMANA y SOTERA por el foro derecha

Herm. ¡Ay, mamaíta!... ¿Qué?...

Rom. Nada; ni vivo ni muerto; hija, á tu padre se lo debe haber tragado la tierra!

Herm. ¡Si ya lo decía yo! Mi papaíto no existe. ¡Papá de mi alma! (Ataque.)

Esc. ¡Señorita, vamos, señorita!

Rom. ¡Herminia, hija! Sotera.

Esc. Señorita.

Rom. Otra vez. ¡El azahar, Sotera!

Esc. Sóplele usted las narices, verá cómo se le pasa.

Rom. ¡Qué noche, qué noche y qué día!

Herm. ¡Ay!...

Rom. Vamos, hija: ¡por María Santísima! mira que con lo nerviosísima que estoy me va á dar un ataque de epilepsia.

Herm. Ya se me va pasando.

Rom. ¡Ay, Escolástica, qué nochecita llevamos!

Esc. Y no es lo pior la noche; lo pior es lo que le haya pasao al probe señor, que no diré que á estas benditas horas sea difunto; pero vamos, que le haya atropellao un tranvía ó que se le haiga caío alguna cornisa...

Rom. Bueno, Escolástica, no me haga usted pensar en cosas tristes.

Herm. ¡Pobre papaíto!

Rom. Pues hija, más de lo que se está haciendo es imposible hacer. Tu pobre hermano toda la noche como un desesperado, indagando, yendo á todas partes; yo que he recorrido tres ó cuatro casas de amigos...

Esc. Y mi Nicasio que se fué á la una de la noche y todavía no ha vuelto.

Herm. Y tú qué crees, mamaíta, ¿le habrá ocurrido algo grave á papá?

Rom. Hija, Dios lo sabe: á mí, la verdad, me choca muchísimo; porque un hombre que en veintitrés años no ha faltado á su casa ni aunque se haya venido el mundo abajo, es para chocar: pero, en fin... ¿Y tu hermano, ha vuelto?

Herm. Vino á las cinco de la mañana; me dijo que había estado en las casas de Socorro del Centro, Hospicio y Buenavista, y que no había visto nada: después creo que estuvo en dos ó tres Comisarías y en ninguna le dieron razón.

Rom. ¡Ay, hija! Me horroriza pensar en una tragedia; pero no sé por qué me dice el corazón que el pobre Angel... (Hace contorsiones.)

Esc. Vamos, señora, que hay que hacerse á la vida.

Herm. ¡Mamita, por Dios; no te pongas ahora mala, porque si no yo!...

Esc. Güeno, señorita; yo con su permiso, voy á dar una vuelta por la portería.

Rom. Vaya usté á su obligación, y un millón de gracias por todo.

Esc. Ustedes nos mandan.
Rom. Gracias, Escolástica.
Esc. Adiós, señoritas.
Rom. Vaya con Dios... (*Vanse Escolástica y Sotera por el foro.*) ¡Señor, Señor! ¡Cómo vienen las desgracias! Esto es como lo del tío Anacleto, que una vez se enfrió y á los ocho días tenía la ictericia.

ESCENA III

ROMANA y HERMINIA. A poco PACO y SOTERA por el foro

Rom. ¿Encargaste á tu hermano que no dejara de avisar al tío Paco?
Herm. Sí, mamita; se lo encargué y me dijo que en cuanto abrieran el portal de su casa, subiría á avisarle.
Rom. Pues fíjate, hija, fíjate; seguramente, Angelito habrá ido á verle á las siete de la mañana para contarle lo que nos ocurre, y son las diez y media, y todavía no ha aparecido. ¡No conozco nada más calmoso que el tío Paco!
Herm. Bueno, mamita; tú lo que debes hacer, es tomar algo; que me dijo Sotera que te habías ido sin desayunar.
Rom. Ya se empeñaban las de García Lozano en que había de tomar algún piscolabis, y me he negado en rotundo. Hija, no tengo gana ni de abrir la boca. (*Timbre.*)
Herm. ¡Ay!... ¡Dios mío! ¿será papá?
Rom. ¡Hágalo el cielo bendito! Cada vez que oigo el timbre, me sobresalto.
Paco (*Es cojo y muy tranquilo.*) ¡Hola!
Rom. ¡Paco de mi alma!
Herm. ¡Tío de mi corazón!
Paco Bueno, bueno; vamos á ver que yo me entere. Esta mañana ha estado tu hijo Angel en casa y le ha dicho á Filomena, es decir, no sé si á Filomena ó á Evarista... sí, creo que á Evarista... «dígale usted á mi tío que vaya á casa en seguida, pues llevamos un día y una noche sin saber de papá» y tomó escaleras abajo como un cohete; esto es lo

que me dijo Filomena ó Evarista: sí, creo que Filomena.

Herm. Sí, tío; ¿para qué ocultarlo? papá, desde ayer á las dos de la tarde, no ha vuelto por aquí. ¡Ay, papá de mi alma, papá mío!

Rom. Mira, Herminia; haz el favor de dejarnos solos á tu tío y á mí.

Paco Y, claro, esta chiquilla no se habrá acostado en toda la noche.

Rom. Como yo, como tu sobrino, que anda como un loco por todo Madrid.

Herm. Y el pobre marido de la portera que se fué anoche á la una, y todavía no ha vuelto.

Rom. Anda, rica; vete á echar un ratito.

Paco Sí, sí; que se acueste.

Herm. ¡Si no podré dormir! Hasta que vea á mi papaíto, ¿cómo quereis que duerma?

Rom. Anda, anda; que te haga compañía Sotera.

Herm. Hasta ahora, tío: adiós, mamita... ¡Ay, papaíto de mi alma! (Vase por la primera izquierda.)

Paco ¡Pobre muchacha: está afectadísima: no, y se comprende... Pero, ¿qué demonios le habrá pasado á ese hombre?

Rom. Bueno, Paco; yo no sé qué pensar de esta extraña conducta de Angel: ya lo has oído; desde ayer á las dos de la tarde, que salió de casa, pues esta es la hora que no le hemos vuelto á ver.

Paco Bueno, vamos por partes: dices que ayer salió á las dos de la tarde.

Rom. A las dos de la tarde.

Paco ¿Y te dijo dónde iba?

Rom. Ya sabes que él me lo cuenta todo. Me dijo que iba á recoger un ciento de tarjetas que se había encargado; que luego iría á visitar á las de Oñate, y que después de tomar un vermut en el Bar Caracolillo, vendría á cenar á las ocho y media.

Paco Perfectamente. De modo, que salió á las dos de la tarde. Muy bien. ¿Y no ha mandado recado ninguno?

Rom. Ninguno

Paco ¡Ninguno! De acuerdo. Y dices que salió á las dos de la tarde.

Rom. Ya lo he dicho tres veces.

Paco Y te dijo dónde iba.

Rom. También te lo he dicho.

Paco Si es que afirmo, y te dijo dónde iba, sin interrogante. Me modo que desde las dos de la tarde á las once de la mañana, son, son, (Contando.) veintidós horas. Muy bien. Bueno; ¿habéis mandado á preguntar á casa de la de Oñate?

Rom. He estado yo misma y me han dicho que no ha aparecido por allí.

Paco Perfectamente. ¿Habeis registrado los cajones de su mesa despacho, por si hubiese dejado algo escrito de «no se culpe á nadie de mi muerte», etc., etc.?

Rom. ¡Ay, Paco, no me asustes!

Paco Hija, hay que estar en todo: vamos á ver; cuando se despidió de ti, ¿cómo te dijo adiós?

Rom. Como siempre: Adiós, hermosa, (Tirando un beso al aire.) hasta luego.

Paco ¿Y no notaste en aquel «hasta luego» algo extraño, algo así como de una persona que va á hacer un disparate?

Rom. Absolutamente nada.

Paco ¿Habeis tenido recientemente alguna disputa agria?

Rom. Que yo recuerde, no.

Paco ¿Le has pegado?

Rom. No, hijo. ¡Dios me libre! Desde que le tiré á la cabeza el busto de Wagner, hace dos meses, esto era un Paraíso.

Paco ¡Ah! ¿pero hace dos meses le tiraste el busto de Wagner á la cabeza?

Rom. Una mañana, que le eché una chillería, se me insolentó y tuvo el atrevimiento de decirme: «¡bueno, menos músicas, menos músicas!» y le tiré el busto.

Paco ¿Y tú no crees que eso haya influido?... vamos digo yo.

Rom. ¡Por los clavos de Cristo, si por pegarle fuera, tenía que haberse marchado el día de la boda.

Paco Pues no lo entiendo. (Timbre.) Han llamado.

Rom. ¡Dios mío, qué nerviosa me pone el timbre!

ESCENA IV

DICHOS; HERMINIA por la primera izquierda. ANGELITO y SOTERA por el foro. Angelito entra descompuesto con los pelos en desorden y la corbata deshecha

Herm. (Dirigiéndose al foro.) ¿Será papá?... Es Angelito, mamá, Angelito...

Rom. (Al ver entrar a Angelito.) ¿Qué? ¿Traes alguna noticia?

Sotera ¿Sabe usted algo, señorito?

Paco ¿Has averiguado algo?

Rom. ¡Pero, hijo, por Dios, cómo vienes!

Herm. ¡Es verdad! ¿Qué te ha pasado?

Ang. Nada; no asustarse. El cochero que se empeñaba en que tenía que pagarle once horas de coche, cuando realmente, son diez; le tomé á la una de la madrugada, y son las once; conque, contad... una, dos, tres, cuatro... (Todos cuentan con los dedos en alta voz.)

Rom. Son once.

Herm. Son diez.

Paco Bueno, al grano; ¿y qué?

Ang. Que me enzarcé con él y nada más.

Paco Pero, ¿qué hay de tu padre?

Ang. Pues, vereis; cuando volví á marcharme esta madrugada, fuí otra vez á recorrer las Comisarías, las Casas de Socorro; volví á hablar por teléfono con la Jefatura Superior, ¡y el delirio! .. ¡Papá no parece por ninguna parte: yo creo que hay que pensar en una cosa horrible, espantosa.

Paco Bueno, niño; hasta el convencimiento de la verdad, hay que vivir con la esperanza de que á tu padre no le ha ocurrido nada. Vamos á ver: ¿y si se ha encontrado á un amigo, por ejemplo, que le ha invitado á ir en automóvil á una finca en Toledo, por ejemplo, y se ha descompuesto el coche, por ejemplo?

Herm. ¡Ay, si eso fuera cierto, le pondría una vela á Santa Rita!

Rom. Pero, ¿cómo se va á ir Angel sin avisarnos previamente?

Paco Es verdad. Me parece que he dicho una tontería.

Herm. ¿Sabéis lo que le ha ocurrido á papá?

Todos ¿Qué? ¿Qué?

Herm. Que quizá haya ido á despedir á algún amigo suyo á la estación, se haya metido en el departamento, y en esto el tren que sale y...

Rom. Pero, ¿es que tu padre no podía haber puesto un telegrama en la primera estación?

Paco Niña, has dicho otra tontería.

Herm. Lo que es innegable es que á papá le debe haber ocurrido algo gordo. (Timbre.)

Todos ¡Ay!

Herm. Ese es papá. (A gritos.)

Ang. Papá.

Rom. Ese debe ser Angel.

Paco Ese es Angel.

Sotera Debe ser el señorito. (Yéndose por el foro á abrir. Todos van hacia la puerta del foro.)

Paco Pues señor, esto parece una película.

(Se oyen voces dentro.)

ESCENA V

DICHOS; SEVERA y SOTERA por el foro. Severa muy alarmada con unos paquetes y el periódico «El Liberal» en la mano

Severa Señora, señora.

Rom. ¿Qué quieres?

Herm. ¿Qué te pasa?

Severa Usted perdone: que estaba hablando con Jacobo el de la tienda y contándole lo apenadas que estábamos por lo del señorito, cuando va y me dice: «Oye, Severa; ¿no han leído tus amas *El Liberal?*»—No; ¿por qué?—«Porque en la segunda plana hay un rótulo en letras grandes que dice: El crimen de Burgos.»

Todos ¡María Santísima!

Paco ¡Zambomba!

Herm. ¡Dios mío!

Todos *¡El Liberal!*

Rom. ¡Que vayan por *El Liberal!*

Severa Yo le tengo aquí, señorita.

Rom. ¿A ver?

Herm. ¡Venga!

Paco Dejadme á mí. (Buscando nerviosamente. Todos le rodean.) «El crimen de Burgos...» Aquí está.

Rom. Hombre, lee.

Paco No puedo... «El crimen de Burgos.»

Rom. Trae, hombre... ¡qué poca alma teneis los hombres! (Leyendo.) U... u... u... «El crimen de Burgos.» «Burgos, 22, 5, tarde. En un pueblo inmediato á esta capital...» (Tirando el periódico que recoge Severa.) ¡Hombre, dígale usted al tendero que lo emplumen! (Vase Severa por el foro.)

Herm. ¡Pues vaya un susto que nos ha dado!

Rom. ¡Qué día, señor, qué día!

Herm. ¡Y qué noche!

Rom. Mira, Angelito; llégate á casa de las de Oñate.

Paco ¿Pero, no habeis ido ya?

Rom. Sí, hijo, sí; pero, es que no sabe una lo que hacer; está como tonta.

Herm. ¡Callad! Parece que ha parado un coche. (Se asoma al balcón.) ¡Sí; un coche, un coche que se ha parado aquí!

Todos ¡A ver! (Todos al balcón.)

Herm. ¡Papá! ¡Es papá... papá con otro señor!

Rom. ¡Angel, Angel!

Herm. ¡Ay, qué alegría!

Rom. ¡Qué felicidad!

Ang. ¡Papá!

Herm. ¡Papaíto!

Sotera ¡Señorito! (Todos salen a recibirlo, quedando la escena sola un momento. Dentro.) ¡Vivo! ¡Está vivo!

ESCENA VI

DICHOS, BURGOS, CAÑAS, SEVERA y ESCOLÁSTICA por el foro

Burgos (Abrazando á todos uno por uno.) ¡Romana! ¡Hijos míos! ¡Severa! ¡Sotera! ¡Portera!

Rom. Pero, cuéntanos, ¿qué te ha pasado?

Paco ¿Qué te ha ocurrido?

Herm. Herido no vienes, ¿verdad, papaíto?

Burgos No, herido, no. (Mirando á todos.) ¿Queda alguien por abrazar?

Rom. Nadie. (Por Cañas.) ¿Y este caballero?

Burgos Romana, este caballero ha sido mi salvador.

Rom. (A Cañas, á quien todos miran con gran interés.) ¿Usted?

Cañas (Haciendo una reverencia.) ¡Señora!

Rom. Bueno; pero, habla, cuenta, cuenta.

Paco Dinos.

Burgos ¡Ay, Romana! Antes dejadme que os presente á este amigo mío de la infancia, que ha sido mi salvador. Marcelino Cañas. Mi mujer, mis hijos, mi hermano político, mis criadas; mi portera.

Cañas Señores...

Burgos Abrazad á ese hombre, á ese hombre grande...

Rom. ¡Angel, por Dios! (Abrazándole.) Caballero...

Cañas ¡Pero, por Dios, si no he hecho nada, si no merece la pena; cualquiera, en mi lugar, hubiera hecho lo mismo.

Rom. Pero, ¿qué te ha pasado?

Cañas Nada, señora, no se asusten: lo principal es que vive, y nada más.

Burgos Esto que has hecho conmigo, Marcelino, quedará grabado en mi corazón con letras de purpurina.

Rom. ¡Pero, Angel, por Dios!

Burgos ¡Gracias, Marcelino; Dios te lo pague! (Le abraza.)

Rom. Dios se lo pague á usted, caballero; no sé lo que ha hecho, pero Dios se lo pague.

Cañas Muchas gracias.

Paco Si en algo puedo servirle...

Rom. Bueno, Escolástica, gracias por todo, y retírese usted. Vosotras retiradse. (Á Sotera y Severa.)

Severa / **Sotera** } Enhorabuena, señorito.

Esc. Mil enhorabuena.

Burgos Reconocidísimo á todos.

Esc. Pero ese ladronazo de mi marido, ¿dónde estará? (Vanse Escolástica por el foro derecha, Severa y Sotera foro izquierda.)

Burgos Sentadse, sentadse.

ESCENA VII

ROMANA, HERMINIA, BURGOS, PACO, ANGELITO, CAÑAS

Cañas ¿Me harán ustedes el obsequio de un poco de agua?

Burgos Hombre, sí; dadnos agua; hacednos el favor.

Rom. ¿Quieren ustedes un poquito de coñac?

Burgos No; agua.

Cañas Sí, señora; agua sola. No hay nada como el agua. (Marcelino bebe un vaso de agua. Burgos cuatro ó seis seguidos.)

Rom. Traías una sed horrible.

Burgos Rabiosa.

Paco (Que no deja de mirar á Cañas desde que entró.) Pues, señor, yo conozco á este caballero y no sé de qué.

Burgos ¡Ay, Romana; ay, hijos míos; ay, Paco! Creí que no os volvía á ver. ¡Qué noche! ¡Qué noche más horrible, lejos de vosotros!

Herm. ¡Pobre papá mío!

Ang. Vamos, papaíto, serénate.

Paco Valor, Angel. Ya sabemos que la vida tiene sus amarguras, sus horas negras; ¿verdad, amigo?... (Á Cañas.)

Cañas Cañas y Junqueras, para servir á usted.

Rom. Pero, Angel, ahora debes pensar que estás al lado de los tuyos, rodeado de los seres queridos.

Herm. Claro, papá; ya no te separarás nunca de nosotros; mamá te acompañará á todas partes, y conmigo, conmigo, papaíto,

Burgos Tenéis razón; esto es muy consolador; esto no sabe nadie lo que vale: tener una amantísima esposa, unos hijos y un cuñado que, en los tristísimos momentos de la vida den á un alma contristada el lenitivo que... no puedo, no puedo hablaros, no os puedo contar nada. La emoción ahoga las palabras en mi garganta.

Herm. Papá, ¿quieres que te hagan una taza de tila?

Rom. Azahar, que vayan por azahar.

Burgos No, no, dejadlo; si acaso agua; que me den otro poco de agua.

Rom. ¡Pero hombre, si te has bebido ya seis vasos! Te vas á anegar.

Cañas Sí; denle ustedes agua, porque he notado que...

Paco Bueno; pero, ¿qué catástrofe te ha ocurrido? ¡Que nos enteremos!

Ang. Sí, papá, ¿qué te ha pasado?

Rom. ¡Claro! que nos tienes hace media hora con el alma en vilo.

Burgos (Por Cañas.) Ese Arcángel, esa especie de varita de virtudes...

Cañas No le hagan ustedes caso, señores; lo mío no merece la pena; yo les ruego que impongan todo su cariño para que lo olvide; si de las acciones buenas se habla siempre, dejan de ser buenas acciones, y yo, con el permiso de ustedes, me retiro. (Trata de irse.)

Burgos No, Cañas, no te vayas; te lo suplico; no dejadle marchar; sería una villanía.

Rom. ¡Quiá, hombre; no faltaba más, habiendo hecho por mi esposo todo lo que ha hecho, que todavía no sabemos lo que es para agradecérselo á usted en todo lo que vale: de ningún modo

Burgos (Aparte.) ¡Ay, Cañas, qué miedo tengo!

Cañas (Idem.) ¡Acuérdate de todo lo que te he dicho!

Burgos Figúrate, Romana, que ayer, como sabes, salí de casa serían las cinco y media de la tarde.

Paco ¡Hombre, á mí se me ha dicho que saliste á las dos! ¿En qué quedamos?

Rom. Sí, hombre, fué á las dos.

Herm. Fué á las dos, sí, papaíto, á las dos.

Burgos Ah, ¿fué á las dos? ¡Ay, Cañas, cómo me ha quedado la cabeza! Sí, justo.

Cañas (Á Romana.) No le fatiguen ustedes mucho, no le repita.

Rom. (Á Paco.) Que no le fatigues.

Paco (Á Herminia.) Que no se le fatigue.

Herm. (Á Angel.) Que se le fatigue poco.

Burgos Sí; quizá tengais razon. Bueno; pues salí á las dos y fuime derechito á recoger mi ciento de tarjetas.

Rom. Sí; que te habías encargado; me lo dijiste.

Paco Y vete el grano, no te vayas á fatigar.

Burgos Yo á fatigar, ¿por qué? (Cañas le hace señas.) Cuando en esto, ¡paf! en las Cuatro Calles me dan en este hombro, vuelvo la cabeza y me encuentro con ese monumento de la amistad. ¡Cañas! ¡Burgos! Chico, ¡caray! once años sin vernos; amigos íntimos de la niñez... ¡Qué digo, amigos! ¡hermanos!, y que hoy es el santo de mi querida esposa, y tú vienes á mi casa á tomar una copita y unas pastas, y que no y que sí, y en esto llama á un simón, me mete en volandas en el coche y á su domicilio.

Rom. Muchas gracias, señor Cañas.

Herm. ¡Qué bueno es usted!

Burgos ¡Y qué esposa tiene este hombre, qué mujer, qué santa!.. «Usted es como un hermano de mi marido, y yo, desde este momento, soy su hermana»—me decía.

Rom. ¡Qué alma más bondadosa!

Burgos Todo lo que os diga es pálido.

Cañas Gracias en nombre de ella. Hay que reconocer que es una santa.

Burgos Hablamos un momento de los felices días de nuestra niñez, y, ¡ay, Ramona! de pronto se me nubla la vista, pierdo la cabeza, caigo pesadamente sobre el pavimento, y que os cuente Cañas. (Mientras cuenta esto todos sollozan silenciosamente.)

Cañas (Con entonación dramática.) ¡Pobrecito! los ojos inyectados, las manos crispadas, los dientes apretados; en su semblante se dibujaba una mueca de dolor, y, á todo esto, rígido. Su cuerpo tenía la frialdad del mármol. «¡Acostadle!»—gritaba mi mujer.—«¡Ponedle botellas de agua caliente!»—decía un invitado.—«¡Id por sinapismos!»—añadía otro.—Todos corrían de aquí para allí; ¡qué confusión, qué algarabía más espantosa! Yo, tonto; mi mujer, tonta; todos los invitados, tontos... Y á fuerza de fricciones, de botellas calientes y sinapismos, á las cuatro horas logró reaccionar.

Herm. ¡Pobre papá!

Cañas Mi pobre mujer le preparó unos reparos de bizcochos mojados en Jerez para reanimarle,

porque al volver en sí el pobre Angel, deliraba. «¡Que vayan por un automóvil; que me traigan coñac; vamos á cenar á la Bombilla!»

Rom. ¡Qué horror!

Cañas Entonces mi mujer y yo empezamos á ponerle reparos.

Rom. Pero, ¿por qué no nos avisaron ustedes en seguida? Habernos mandado un recado.

Herm. Claro, pobre papá.

Cañas Ya se nos ocurrió. ¡Ah, señora, lo primero era atenderle, animarle, y cuando volvió en sí, que eran las cuatro de la mañana, el médico á quien se había avisado, nos dijo: «Nada de emociones fuertes; este caballero, dentro de unas horas, reaccionará y podrá irse á su casa tranquilamente.»

Burgos Yo quería venir á veros; pero la esposa de Marcelino no lo consintió hasta que yo estuviera en condiciones, y hace poco más de una hora, con una gran solicitud, con un cariño grande, me vistieron, y este hermano mío me ha traído aquí á vuestro lado, al lado tuyo, Romana de mi alma; al lado vuestro, hijos míos; al lado tuyo, Paco de mi corazón! (Todos se abrazan y lloran.)

Cañas (¡Ha salido bordado!)

Burgos Oye, Romana, ¿no ha venido nadie preguntando por mí con alguna tarjetita?...

Rom. No.

Burgos (¡Respiro!)

Rom. Pues, hijo, nosotros sin dormir en toda la noche, pensando horrores; yo te lo confieso, Angel, hubo un momento que te ví con una pistola en la mano.

Burgos Qué casualidad...

Rom. ¿Por qué?

Burgos Sí; porque yo en mi delirio, me he visto también con una pistola apuntando á una muchedumbre compacta

Cañas ¡Ah, señora; aquello era el delirio!

Herm. ¡Qué noche, papaíto, qué noche!

Burgos ¡Pobre hija mía!

Ang. ¡Y yo, loco, buscándote en una *manuela!*

Burgos ¡Pobre Manuela! Digo, ¡pobre hijo mío!

Paco Pues anda que á mí me dieron un susto á

las nueve de la mañana, y gracias á que había desayunado, que si no...

Burgos Pero, ¿veis, hijos míos? ¿Ves, Romana? No hay mal que por bien no venga, y esta alegría sin límites de verme aquí al lado vuestro y saber que tengo una familia que me adora, un amigo entrañable...

Rom. Es verdad; por cierto, amigo Cañas, que esta misma tarde tendremos el gusto de ir á darle las gracias á su señora.

Burgos No, Romana, no: considera la noche que ha pasado, una noche horrible: esa pobrecita por lo menos necesita tres ó cuatro días de descanso. Yo prometo presentárosla cualquier día.

Cañas Es una mujer tan retraída, tan poco amiga de visitas... De casa á misa, de misa á casa, á poner su lamparillita á San Antonio, y á sus quehaceres.

Herm. ¡Ah! ¿pero es devota de San Antonio?

Cañas Sí, señorita.

Herm. Pues yo le voy á pedir á usted un favor con permiso de mamá; ahora vengo. (Vase por la primera izquierda.)

Rom. ¡Ya me figuro lo que es!

Cañas ¡Alguna pantorrillita de cera!

Rom. Que está bordando un mantelito para un altar y seguramente querrá regalárselo.

Cañas ¿Pero por qué se va á molestar?

Herm. (Saliendo.) Mire usted, el bordado deja mucho que desear, pero la intención es buena; yo le ruego se lo dé en mi nombre á su señora.

Rom. Esto es una bendita.

Burgos ¡Qué rica es!

Cañas Muchísimas gracias. (¡Total, tres cincuenta!) Pues yo, señores, con su permiso me retiro. (Trata de irse y lo sujeta Burgos.)

Rom. ¡No; usted almuerza con nosotros, señor Cañas!

Ang. Claro.

Herm. Naturalmente.

Burgos Ni que decir tiene.

Rom. Sotera, ponga usted la mesa. (Salen Sotera y Severa y ayudan á poner la mesa á Herminia.)

Herm. Yo voy á ayudarla.

Rom. Tendrá usted que dispensarnos: será un al-

muerzo frugal; ya se hará usted cargo con tanto laberinto...

Cañas Señora, no faltaba más.

Burgos (Yo estoy en vilo, Cañas; me choca mucho que no haya venido nadie; inventa algo, discurre.)

Cañas ¡Hombre! señora, se me ocurre una idea.

Rom. Usted dirá, amigo Cañas.

Cañas Mañana podíamos ir todo el día al campo á festejar lo bien que ha librado de este arrechucho el amigo Angel.

Rom. Hombre, bien pensado, no me parece mala idea.

Paco Eso me parece muy bien.

Burgos Este Cañas es apocalíptico. Sí, nos iremos todos, todos; cerramos la casa y al campo.

Paco ¿Dónde os parece?

Rom. Al Pardo.

Herm. / **Ang.** ¡Al Pardo, al Pardo!

Cañas Hombre, al Pardo me parece muy cerca.

Burgos ¡Muy cerca! Sí, ya de salir agrada un poquito de tren, la alegría de la salida... ¡piii! ¡Señores viajeros, al tren!

Paco Bueno, pues tú dirás.

Rom. ¿A dónde te parece á ti?

Burgos A Valladolid.

Rom. Yo creo que está... (Hace señas á Cañas de que Burgos está loco.)

Cañas Sí; y me parece lo mejor llevarle la corriente. Yo que ustedes me iba á Valladolid en el rápido de esta noche. (Suena el timbre.)

Burgos (Gritando á la muchacha.) ¡Que no hay nadie! ¡Que vamos á almorzar! ¡Sotera, que no hay nadie! (Nerviosísimo.)

Rom. Pero, ¿qué te pasa, hombre?

Burgos Nada; que no estoy para visitas. ¡Sotera!

Sotera ¿Qué quiere usted, señorito?

Burgos Mira por la mirilla y di que los señores están fuera.

Sotera Está bien. (Vase por el foro.)

Burgos No tengo yo la cabeza para nada: además no son horas de visitas.

Sotera (Saliendo.) Era el cartero: una carta para el señorito Angel. (Dándole la carta á Angelito.)

Burgos Nada, nada, Romana, que nos vamos á Valladolid.

Herm. Cuando ustedes gusten.

(Sotera sale con la sopera y Severa con una taza por el foro izquierda.)

Rom. Vaya, sin cumplidos. Usted aquí, señor Cañas; y vosotros, ya sabéis.

Burgos Yo no tengo gana: me sentaré con vosotros á veros comer.

Herm. (A Burgos.) No; tú vas á tomar un caldito que te ha mandado preparar tu hija.

Burgos Eres un ángel. (Abrazándola.)

(Se sientan todos. Romana hace platos y sirve á Cañas.)

Rom. Su plato de usted, señor Cañas.

Cañas Poquito, ¿eh? (Llaman al timbre. Burgos y Cañas se ponen nerviosísimos.)

Burgos ¡Caray!... ¡Sotera! ¡que no hay nadie, por Dios!

Sotera Está bien (Vase por el foro.)

Burgos ¡Chist! ¡Callarse; han abierto la puerta.

(Murmullos dentro, que discuten con Sotera.)

Sotera (Saliendo.) Es una mujer.

Burgos ¿Una mujer?

Sotera Y dice que necesita ver á su marido.

Cañas ¿A su marido? ¡Mi madre!

Burgos Diga usted que aquí no hay ningún marido.

Sotera Dice que sí, que está aquí su marido, y que se llama Cañas.

Todos (Menos Burgos y Cañas se levantan solícitos) ¡Ah! ¡Su señora!

Cañas ¡La hecatombe!

Rom. ¡Que pase, que pase! Diga usted que pase aquí. Al comedor, al comedor.

(Todos desde la puerta del pasillo, mientras que Burgos palidece y Cañas mira la salida. Entra Magdalena, mujer de pueblo, con mantón y un paraguas en la mano y de muy malos modales.)

Mag. ¿Dónde está ese miserable?

Rom. ¡Señora!

(Todos aterrados.)

Cañas ¡Dios mío!

Mag. ¡Ah! ¡granuja, pillo, sinvergüenza!

Paco Pero, señora.

Cañas Sujetadla, que la sujeten.

Mag. ¡Miserable, ladrón! Ocho días sin parecer por su casa y...

Cañas Magdalena, por Dios.

Mag. ¡Pillo, granuja!

(Corre tras él con el paraguas en la mano dándole paraguazos. Estrépito espantoso.)

Rom. ¡Pero qué es esto, Dios mío!

Paco ¿Quién es esta fiera?

Rom. ¡Pero Angel!

Paco ¡Angel!

Mag. Sinvergüenza... y ustedes, só gentuza... no saben que es un hombre... casao.

Paco ¡Cuando yo decía que esto era una película!

Burgos ¡Dios mío, qué catástrofe!

(Todos corren huyendo de Magdalena, la cual empieza á romper todos los platos de la mesa y cae el telón rápidamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante con puertas al foro y en primero y segundo término izquierda. Puerta en primer término derecha y balcón en segundo término. Sillería de tapicería, sofá, butacas y velador, etc.

ESCENA PRIMERA

HERMINIA, ANGELITO paseándose nervioso

Herm. Angelito, por Dios, no des más vueltas que me mareo. (Sentada en una chaise-longue y medio dormida.)

Ang. (Paseándose por la habitación.) No lo puedo remediar: estoy muy nervioso: si me siento, me dan deseos de levantarme; si me levanto, paseo á grandes pasos maquinalmente.

Herm. Angelito, es que son muchas horas las que llevamos sin descanso.

Ang. Oye, Herminia, ¿y el doctor?

Herm. No ha salido todavía: continúa encerrado con mamá, papá y el tío Paco. A mí el que me dió verdadera lástima fué el señor Cañas cuando llegó con la cara llena de heridas, llorando como una Magdalena y pidiéndome perdón para esa pobrecita hermana loca que tiene. Al fin y al cabo es su hermana, y lo que él decía, echando lágrimas como puños: «Yo lo comprendo; es una loca para darla ocho tiros, pero... es mi hermana á quien adoro; es mi sangre.»

Ang. ¡Pobrecillo! Se ve que es un hombre que tiene un corazón que es un Monasterio. Calla, parece que vienen. Sí, mamá y el doctor.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA ROMANA, DON RAMIRO y PACO que salen por la segunda izquierda

Ram. Nada, nada; no se alarmen ustedes; yo estoy plenamente convencido de que estamos en un principio de neurastenia.

Paco ¿Usted cree que no será de cuidado, verdad?

Ram. Bueno; ¿este caballero es pariente de ustedes?

Rom. Hermano mío.

Ram. Pues sería conveniente que hablase con él al objeto de darle algunas instrucciones.

Rom. ¿Es que usted cree...?

Herm.
Ang. } ¿Pero es que papá...?

Rom. Angelito, Herminia; dejadnos solos.

(Vanse por la segunda izquierda Herminia y Angelito.)

Ram. Vamos á ver; ahora que no estamos en presencia del enfermo, dicen ustedes que el primer ataque le dió ayer noche en casa de un amigo.

Rom. Sí, señor.

Paco Y el segundo hoy á las doce y cuatro minutos, pero el de hoy fuertísimo: una de las veces, al inclinarme yo para sujetarle, me dió con una bota en las narices.

Ram. ¿De modo que le dió muy fuerte?

Paco. Con toda su alma.

Ram. Digo el ataque.

Paco ¡Ah! Sí, señor, muy fuerte.

Ram. ¿Y notaron ustedes si había en el paciente rigidez muscular?

Paco Yo creo que rigidez muscular, digo, me parece á mí, debía haber poca, porque el puntapié me lo dió con una soltura de acróbata.

Ram. Perfectamente; y claro, no pudieron uste-

des comprobar si hubo estrabismo en la vista, secreción en las mucosas...

Paco Yo la verdad, no estaba para reconocimientos.

Rom. Lo que he notado, señor doctor, es que cuando llaman al timbre se pone como loco.

Ram. En estos casos la cosa más insignificante sobrexcita; pero sería conveniente que ustedes le hagan sonar á menudo para acostumbrarle; y hasta ese momento sujétenle cariñosamente en previsión de cualquier amago de excitabilidad.

Rom. Descuide usted.

Paco Le haremos sonar de vez en cuando ~~y se le~~ sujetará.

Ram. Mucha tranquilidad en el enfermo y que tome lo que he recetado; y sobre todo, y esto es importantísimo, una alimentación nutritiva y continuada; carnes blancas, huevos pasados por agua, batidos en leche, bolas de carne de cordero con pan rayado, Jerez con pastas, y esto cada media hora, eso sí, poquito pero á menudo; y ahora, si nada me ordenan, con el permiso de ustedes me retiro, y mañana vendré á ver cómo continúa. Señora...

Rom. Caballero...

Ram. Hasta mañana.

Paco Usted lo pase bien.

(Vase don Ramiro por el foro.)

ESCENA III

ROMANA, PACO. Después ANGELITO, HERMINIA y BURGOS que salen por la segunda izquierda

Rom. Bueno, Paco; ¿y tú qué opinas de todo esto? ¿A ti no te hace extraño?

Paco Verdaderamente extraño. Seguramente Angel ha debido tener alguna contrariedad que ignoramos y que tú le debías sonsacar hábilmente. Claro que ahora no es momento oportuno; pero quizá por su amigo Cañas... y á propósito, también lo de este Cañas es

espantoso: una hermana loca y el pobre sin recursos.

Rom. Pero sin recursos puede recluirla.

Paco Ya le has oído al pobre, siempre á su lado; un cariño ciego...

Ang. (Desde la puerta segunda izquierda.) Tío Paco, mamá, calladse, que viene papá.

Rom. (A Paco.) Disimula. (Paco silba y pasea, y Romana hace que limpia un mueble.)

(Entra Burgos mirando recelosamente á todos lados apoyado en el brazo de Herminia)

Herm. (Saliendo con Burgos.) Aquí tenéis al enfermito grave, el que hace tres horas decía, gritando: «¡Me muero! ¡me muero!» ¿Eh? ¡pues poquita guerra tienes que dar en este mundo!

Burgos Paco.

Paco ¿Qué?

Burgos Oye, Romana, ¿qué os ha dicho el médico? ¿Cómo me ha encontrado? (Asustadisimo. En este momento todos ríen escandalosamente.)

Rom. ¿Que cómo te ha encontrado? ¡Ja, ja, ja!

Paco Sí que es para reirse. ¡Ja, ja, ja!

Rom. ¡Qué cosas tienes! ¡Ja, ja, ja!

Burgos (Mirando recelosamente.) Bueno; ¿pero qué ha dicho?

Rom. (Riéndose.) Que eres un maula. (Todos ríen.)

Burgos ¿Un maula? (Escamado.)

Rom. Sí, un maula.

Burgos Un maula; ¿pero en qué sentido?

Paco En el sentido de que no tienes nada, que estás mejor que yo y que tu mujer y que tus hijos.

Burgos ¿Que no tengo nada? (¡Caray!) Oye, Romana; oye, Paco; que yo estoy muy malo, que yo me siento morir: ¿y estas convulsiones que me dan? Estas convulsiones, ¿no son nada? (Le dan convulsiones.)

Herm. Papá...

Rom. ¡Vamos, Angel!

Paco ¡Caramba, Angel, un poco de juicio! Serenidad para calmar los nervios.

Rom. Herminia, que le traigan en seguida un cuartillo de leche caliente y cuatro huevos batidos; ¡corre! (Vanse Herminia y Angelito por la segunda izquierda.)

Herm. ¡Voy! (Mutis.)

Burgos Oye, ¿qué le has dicho á Herminia?

Rom. Nada; ¿á tí que te importa?.. Bueno; y, ahora, escúchame, Angel. Paco ha exagerado un poco en el diagnóstico del doctor. Este no ha dicho que no tienes nada. Como estaban los niños...

Burgos ¡Claro! si estoy malísimo, horrorosamente malísimo. ¿Es que es guayaba el espantoso ataque de anoche y el de hoy al medio día?

Paco No, hombre, no; es verdad.

Rom. Sí, hombre, sí; es verdad, y á eso voy: el médico ha dicho que en el reconocimiento que te ha hecho, ha notado no sé qué en el corazón.

Burgos (¡Retorta!) ¿Ha dicho que yo en el corazón?... ¡Pues no contaba yo con esto! ¿Y el pobre Cañas, ha vuelto?

Rom. No; salió con la tarjeta urgente que le dió Paco para don Benigno Losada, á ver si ésta misma tarde podía ingresar á su desdichada hermana en el manicomio.

Burgos ¿Habéis visto cómo está la pobre? Está para que la líen con alambres.

Paco Pero ¿tú no sabes el escándalo que dió en la portería?

Burgos ¡Ah! Pero, ¿en la portería dió un escándalo?

Rom. ¡Espantoso! Y siempre, con su monomanía; tomando á su pobre hermano por su marido difunto, y llamándole golfo, miserable, y borracho, y que no iba á su casa hacía ocho días.

Burgos ¡Pero, qué visiones ven esos locos! (Timbre.) ¡Ay! (Nerviosísimo.)

Paco Bueno, Angel, bueno, bueno.

Burgos Dejadme que vaya á ver quién es. Tengo gusto, es un capricho.

Paco Quieto, quietecito.

Burgos ¡No sujetarme, por la Virgen Santísima!

Sotera (Saliendo por el foro.) La lavandera. (Vase.)

Burgos ¡Ay, ay, ay! Qué simpática es la lavandera; ¿no os habéis fijado?

Paco Sí, simpatiquísima.

Herm. (Saliendo por la segunda izquierda con una bandeja con jarra y taza.) Mamá, aquí está esto para papá.

Burgos ¿Qué es eso?

Herm. Un cuartillito de leche que se va á tomar mi papaíto.

Burgos No, no molestarse; ya os he dicho que no tengo ganas de abrir la boca.

Rom. ¡Ah! Pues no hay más remedio. Así, en rotundo: ¿lo oyes?

Burgos Pero, Romana...

Rom. En rotundo; ahora mismo te tomas la leche como un caballero.

Burgos ¡Pero si me es imposible!

Herm. Anda, papá.

Rom. ¿Qué es eso de contemplaciones? Ya se me han atufado á mí las narices: venga la jarra.

Herm. Aquí tienes la taza.

Rom. ¿Qué taza? ¡En la jarra y que no quede ni gota!

Burgos Oye, ¿qué es esto amarillo que se ve aquí? (Soplando.)

Rom. Cuatro yemas que se te han añadido.

Burgos ¡Vaya por Dios! (Bebiendo poco á poco y con resignación.)

Rom. Muy bien, perfectamente.

Herm. ¡Ajajá!

Rom. Anda, Herminia, acompáñame: voy á preparar las bolas. (A Paco. Aparte.) Ya habrás visto que es rebelde; conviene apretar.

Paco Descuida.

(Mutis Romana y Herminia por la segunda derecha.)

Burgos Oye, Paco; ¿qué bolas son esas?

Paco (Destemplado.) Mira, chico; me vas á hacer el favor de no preguntarme nada, ¿eh? ¿te enteras? ¡Haces lo que te mandan, y punto en boca!

Burgos Pero, oye: ¿es que no tengo yo derecho á enterarme, vamos, á tener una ligera idea de las bolas que á mí se me preparan?

Paco Sí, sí; y puesto que lo quieres, sea. Angel, tú estás muy malo.

Burgos ¡Rechufla!

Paco ¡Malísimo! Delante de tu mujer no he querido decirlo; pero, estas han sido las palabras del médico: «Si este caballero no sigue el plan indicado por mí, no respondo de lo que pueda suceder; es más, puede que dentro de muy poco, se suplique el simón.»

Burgos ¿Pero no es una broma, no es una de las bolas que me tenéis preparadas?

Paco No sé, chico; el médico sabrá. (*Sacando el reloj*) Bueno, yo voy á dar una vuelta por casa, que creo que es hora. Vuelvo en seguida para darte ánimos. Adiós, Angel. (*Vase por el foro.*)

ESCENA IV

BURGOS y SOTERA por el foro. Luego DON BONIFACIO por el foro

Burgos Para darme ánimos. ¡Reconcho con los ánimos! Y el caso es que efectivamente ahora es cuando noto que tengo así como... el corazón me late con una velocidad... y además siento como un desfallecimiento... ¿Estaré yo tan malo como para... Bueno, no quiero pensarlo, porque... (*Timbre.*) ¡Caray! Bueno: yo voy á morir, ¡pero de un susto! ¿Quién será?.. (*Oyendo por todas partes.*) Parece una persona extraña. ¡Virgen Santísima; una misa con órgano, si todos los que tengan que venir se vuelven tontos!

Sotera (*Saliendo.*) Señorito.

Burgos ¿Qué pasa?

Sotera Un señor sacerdote que quiere hablar con usted.

Burgos (*Estupefacto.*) ¿Un sacerdote? ¡Recoles! ¡Me mandan un cura! ¡Yo debo estar en las últimas! Dile que pase. Pues esto es más grave de lo que yo me figuraba!

Bon. (*Saliendo por el foro.*) ¿Dan su permiso? (*Tipo de cura viejo*)

Burgos Adelante. (Este señor cura me lo confiesa á mí todo)

Bon. A la paz de Dios. Santas y buenas.

Burgos Muy buenas.

Bon. Excelentes; ¿don Angel Burgos y Torremocha?..

Burgos Servidor de usted. Tenga la bondad de sentarse en esta botica, digo, en esta butaca.

Bon. Donde menos moleste: todo sitio, por duro que sea, donde pueda uno dar descanso á

su cuerpo, es bueno. ¡Cuántas veces una peña le habrá parecido á un fatigado viandante un mullido sofá!

Burgos Sí, señor; completamente sofá, digo, eso es.

Bon. Nunca debemos ambicionar más que lo que el Señor tiene á bien concedernos: y ambicionarlo ¿para qué? Si El con su infinita bondad no nos lo concede... tendrá sus motivos. La conformidad es muy hermosa.

Burgos Sí, señor, hermosíma. Pero, vamos: comprenderá usted, señor cura, que hay momentos en la vida que uno se conforma porque no tiene más remedio; pero que está uno por dentro que en cuanto le rozan un codo, reproduce la batalla de Lepanto.

Bon. Pero no es conformidad cristiana.

Burgos Bueno, será de las otras; pero yo le agradecería, señor presbítero, tuviese la bondad de indicarme el objeto que le, le.. ó la misión que lo, la .. ¿me comprende, padre?

Bon. Muy justo, muy justo y muy puesto en razón: seré breve y conciso. Yo, caballero, he venido á molestar su atención, porque un sobrino mío, muchacho excelente, casi un santo, vino esta mañana á visitarme loco de alegría, para decirme: «Tío Bonifacio; anoche conocí á un bondadoso señor, emparentado con la más rancia aristocracia, según me manifestó, y que al indicarle que tenía un tío cura de avanzada edad, le faltó tiempo para sacar una tarjeta y entregármela diciendo: «Dígale usted á su señor tío, que vaya mañana á verme á esta su casa, y le daremos una plaza de canónigo en la capital que sea más de su agrado.» Yo, caballero, como son tan pocas las almas buenas, enjugué una lágrima que me rodó por las mejillas, y alzando los ojos al cielo exclamé: «¡Qué hermoso es hacer bien: de cuántas alegrías y venturas no gozará este señor en estos momentos!» (Llorando.)

Burgos De ninguna, padre. (Llorando también.)

Bon. Usted me lo dice y no lo creo.

Burgos Usted pensará lo que guste, pero es cierto. (¿En qué churrería le daría yo esa tarjeta á ese chico?)

Bon. También me dijo mi sobrino que era usted un caballero de un humor envidiable...

Burgos ¿Por qué?

Bon. Porque creo que le vió bailar á usted una de esas cosas mundanas de ahora, que le llaman tango argentino.

Burgos ¡He bailado el tango argentino! Sí, señor, una humorada.

Bon. Ya se comprende. (Se levanta,) Pues nada, señor; vengo personalmente á darle á usted millones de gracias por su amabilidad, y á manifestarle que le tendré presente en mis oraciones.

Burgos Que me hacen muchísima falta.

Bon. Bueno; y lo de la canongía...

Burges Pues lo de la canongía, padre cura... ¿A usted dónde le gustaría ir, para, vamos?...

Bon. Si habla usted al señor ministro, recuérdele que hay dos vacantes: una en Jaca y otra en Astorga, y, vamos, á mí la de Jaca: conozco aquello; y así le demostraría al padre Froilán si puedo ó no puedo desempeñar una canongía; él lo duda, allá él; porque ya comprenderá usted que yo no iría allí en burro.

Burgos ¡De ninguna manera; ya le estoy viendo á usted en Jaca!

Bon. Pues reconocidísimo. Bonifacio Cayuela, Colegiata, 15, un humilde padre de almas para lo que usted guste mandar Yo sabré pagarle, y no quiero en mi alabanza añadir más, porque *Laus in ore proprio vi lescet.* (Vase por el foro.)

Burgos *Mersi, mon per.*

ESCENA V

BURGOS. Después CAÑAS por el foro derecha. Trae en la cara cuatro ó cinco tiras de tafetán negro

Burgos Pues nada, que me ha dado un susto este bendito cura, que no me ha salido del cuerpo todavía: y éste ha sido el primero de la serie; no, ¡quiá! yo me voy con mi familia esta tarde, aunque sea á la Muñoza. (Timbre.) ¡Otro!... ¡Sotera!... (A media voz.) Que no

hay nadie; que me he ido á Barcelona á embarcarme... (No, y el médico debe tener razón; yo he adquirido una afección cardíaca.) (Escuchando desde la puerta.) Han abierto; parece que no chillan... ¡Dios quiera que no sea ninguna visita de tarjeta!

Cañas (Entra precipitadamente.) Burgos, chico, ¿estás sólo? (Muy apurado.)

Burgos ¡Cañas, tú!... Pero, ¿qué te pasa? ¿qué tienes en la cara?

Cañas La Ciudad Lineal; no te preocupes; antes, escucha: ¿tienes ahí cincuenta pesetas?

Burgos ¿Para qué?

Cañas Que tengo que ponerlas de fianza. He dado mi palabra en la Comisaría que las entregaría en el acto por mí. Mi mujer ha quedado detenida, y me han prometido que hasta pasado mañana por la noche no la pondrán en libertad; tenemos dos días y pico para arreglar esto.

Burgos Chico, ¡qué catastrofe!

Cañas ¡Horrenda! Cuando volví la segunda vez á contar á tu familia lo de mi hermana la loca, estaba en la portería el sordo mudo que en el café Marsella le tiraste á la cabeza la botella del Jarabe Sirop.

Burgos ¿El sordo mudo?... Bueno, vamos á otra cosa. Coquelin á tu lado es una rana.

Cañas ¿Por qué?

Burgos Porque has hecho la comedia de lo de tu hermana la demente, con una riqueza de detalles, que se han tragado la novela de un modo estupendo.

Cañas Y si mi mujer no lo estropea, te salvo; ya te lo decía yo. ¡Ah! le he dicho á la portera que no deje subir á nadie, aunque digan que te vienen á traer cinco mil duros.

Burgos ¡Gracias, Cañas! Estás en todo.

Cañas ¡Yo te juro que no llama nadie al timbre! (Suena el timbre dentro.)

Burgos ¡Mi abuela!

Cañas ¡Arrea!

Burgos ¡Hombre, para estar así, preferiría que de una vez me dieran en la nuca como á los conejos. (Escuchan los dos.) Calla: el que sea, ha debido irse. ¡Señores, qué martirio!

ESCENA VI

DICHOS, ROMANA y HERMINIA, que salen por la segunda izquierda con una bandeja con jarra y copa

Herm. Muy buenas, señor Cañas.
Rom. Buenas tardes, amigo Cañas.
Cañas Señora, señorita...
Rom. Anda, Angel, tómate este ponche.
Burgos Romana, hija, que me va á hacer daño, que te juro...
Rom. Bueno, hijito, no hay más remedio.
Herm. Sí, papaíto, no hay más remedio; y dentro de diez minutos te vas á comer un pollito con tomate que te hemos estado haciendo mamá y yo.
Burgos ¿Con tomate?
Rom. Es por mandato del médico, señor Cañas; alimentos cada diez ó quince minutos.
Cañas Nada, nada, Angelito; si el médico ha puesto ese plan, seguirlo al pie de la letra, lo primero es la salud.
Burgos ¡Vaya por Dios! ¿gustais?
Cañas Gracias, que te aproveche.
Burgos ¡Dios lo haga! (Comienza á beber con grandes esfuerzos y le da un hipo horrible.)
Rom. Anda, anda.
Burgos Voy.
Herm. Anda, papaíto. (Sigue el hipo. Cañas se vuelve para disimular la risa.)
Cañas A este hombre le va á dar un cólico.
Burgos Vaya, no ha quedado ni gota.
Rom. Toma, Herminia, lleva eso al comedor. (Vase Herminia.) Y qué, señor Cañas, ¿vió usted al señor Losada?
Cañas Ah, sí señora, finísimo, un encanto; en seguida me dió una carta para el Director del manicomio, y dentro de una hora irá mi pobre mujer á llevar á mi infortunada hermana en un coche; yo la he dicho que no podía acompañarlas, sería para mí un momento horrible, brutal.
Rom. Sí, es verdad; es una situación espantosa.
Cañas Luego iré á casa á darla un beso si está tranquila, y que se la lleven. ¡Ay! ¡Qué tra-

gedias tiene la vida! (Fingiendo un desconsuelo abrumador. Timbre. Burgos y Cañas dan un salto.)

Burgos ¡Demonio! ¿Quién será?

Rom. Vamos, Angel, calma.

Sotera (Que sale por el foro.) Señorito: un hombre que me ha dado este papel.

Burgos ¿Pero no te he dicho que no estoy para nadie?.

Sotera Sí, señor; así se lo he dicho, pero me puso el papel en la mano sin decir palabra, me dió media vuelta y me empujó suavemente haciendo con los dedos así. (Castañeteando los dedos.)

Burgos ¡Demonio! (Leyendo.) «Nicanor López Chaparro, sordo-mudo y profesor de guitarra por cifra. Avisos, Avemaría, 32, Objetos de escritorio.»

Rom. ¿Quién es?

Burgos Oye, Cañas, ¿conoces á este sujeto? (Dándole la tarjeta.)

Rom. Pero, ¿no me oyes? ¡que quién es!

Burgos ¡Ah! uno de ahí de la...

Cañas Ah, sí, con su permiso, señora; voy á ver; ahora vengo.-(Vase por el foro.)

Burgos Pues mira, que no me había acordado de decírtelo, que hace días se me ocurrió que dieran lección de guitarra á Herminia, y había avisado á un profesor, y es ese.

Rom. Pero, hombre, que venga otro día; decirle que no es momento..

Burgos A eso seguramente ha ido Cañas.

Rom. Bueno; voy á prepararte el pollo.

Burgos Que esté bien doradito.

(Vase Romana por la segunda izquierda.)

Cañas (Entra por el foro llevándose la mano á la cabeza como el que acaba de recibir un golpe.) ¡Caray, qué bruto!

ESCENA VII

BURGOS, CAÑAS y CHAPARRO, que entra por el foro. Este es un tipo del pueblo, con sombrero hongo, zamarra y un bastón grueso

Burgos (¿Pero por qué se me ocurriría tirar á este hombre el Sirop?)

Cañas (¡Esto nos la chafa!)

(Chaparro se dirige á Burgos, le hace una reverencia, Burgos contesta y Chaparro entrega una carta abierta á Burgos que éste lee con cierta reserva y mirando receloso á los dos.)

Burgos (Leyendo.) «Señor don Angel Burgos y Torremocha: Distinguido bestia. (Burgos le mira, desfallece y disimula cuanto puede; vuelve á leer.) Distinguido bestia: Espero tenga la bondad de acompañarme al merendero del Ciruela, en cuyo merendero nos vamos á comer una paella con cinco pollos para hacer fuerzas y liarnos después á estacazos hasta que uno de los dos quede para ingresar en el Hospital; si quiere usted invitar á la Golondrina que le acompañaba, puede hacerlo.»

Cañas Oye, cinco pollos y una golondrina.

Burgos Si la golondrina eres tú. «De usted contrincante, López Chaparro.» Bueno, ¿cómo le diría yo á este hombre que hiciera el favor de venir pasado mañana? ¿Cómo le contestaría yo?

Cañas Calla, voy á ver si yo recuerdo... (Empieza á hablar por señas lo que se le ocurre. Chaparro indica que no comprende y concluye dándole un manotazo en la mano.)

Chap. (Adelanta blandiendo el garrote, saca un bloc y un lápiz y se lo entrega á Burgos para que le conteste.)

Burgos (Coge el bloc y escribe y lee según va escribiendo.) Ahora. (A Cañas.) ¿Ahora es con hache?

Cañas Ahora y siempre.

Burgos (Sigue escribiendo.) «Ahora me es imposible acompañarle á comer el arroz; mañana tenga la bondad de venir á buscarme y le acompañaré, se lo pido por la salud de sus padres » (Le da el papel. Chaparro lee, tira el papel y escribe y se lo da á Burgos. Leyendo.) «Soy huérfano.» Bueno, Cañas, ¿qué hacemos con este hombre?

Cañas Chico, no veo más solución que te vayas con él.

Burgos No, si yo me iría con él; pero fíjate en el puño del bastón que trae que parece un repollo.

Cañas Pues hay que jugarse el todo por el todo, venga el bloc. (Coge el bloc, escribe y lee según escribe.) «Si tiene la bondad de marcharse á

la calle conmigo, yo, por encargo del señor Burgos, le daré cuarenta duros. (A Burgos.) ¿Qué tal? (Le da el papel á Chaparro, lo lee, lo tira, escribe y se lo da á Burgos. Burgos toma el papel y lo lee.)

Burgos (Leyendo.) «Diez duros es poco, deme usted veintincinco y arreglaos.»

Cañas (Haciéndose el lila.) ¿He puesto diez?

Burgos Sí, diez, con unos números que se leen á una legua. (Suena el timbre. Al oir el timbre salen corriendo hacia la puerta Burgos y Cañas. Chaparro les sigue con el palo, y ellos le hacen señas de que no se van. Se oye la voz de Sotera dentro que dice.)

Sotera El señorito Pacó.

Burgos Mi cuñao; tú, recoge los papeles. (Empiezan los dos á coger papeles y á metérselos en los bolsillos. Chaparro los mira asombrado y cuando han recogido los papeles dice por señas que qué pasa; ellos le imponen silencio. Burgos saca la cartera, cuenta billetes de veinticinco pesetas y se los da á Chaparro; éste coge los billetes, los mira al trasluz y empieza á contarlos.)

ESCENA VIII

DICHOS y DON PACO, que se le ve cruzar por el foro y sale luego por la segunda izquierda

Paco (Entrando muy descompuesto.) ¡Hola! Me ha dicho mi hermana que hace media hora te está dando la tabarra este sordo-mudo, y que tú no estás para quebrarte la cabeza haciendo señas, y vengo á echarle.

Burgos No, si ya se iba, ¿verdad, Cañas?

Cañas Sí; en este momento se estaba despidiendo.

Paco Pues si gastan ustedes contemplaciones con esta gente, aviados están (Coge de la solapa á Chaparro y le hace señas con la mano que se vaya; el otro le indica con la mano que calma; don Paco le enseña el bastón y le indica que le va á pegar. Chaparro le da un empujón á Paco y lo tira, cayendo encima de la «chaisse-longue» y con él Cañas. Levantándose.) ¡Sinvergüenza! ¡Empujarme á mí!... (Blande el bastón. Chaparro enarbola su garrote.)

Burgos ¡Reconcho!

Cañas ¡Ya se armó! ¡Don Paco, por Dios!

Burgos ¡Por Dios, Paquito!

Burgos ¡Pero por Dios! ¡Si ya se iba! (Por señas, que se vaya. Chaparro con el palo levantado hace jeribeques.)

Paco ¡Empujarme á mí!

(Don Paco trata de irse hacia Chaparro.)

Burgos (Sujetándole.) ¡Paquito! ¡Paco! (Burgos coge á Paco y con gran delicadeza y finura se lo lleva por la segunda izquierda.)

Paco (Mientras se lo llevan.) ¡Granuja! ¡Bandido! ¡Sinvergüenza!

(Vanse Burgos y don Paco. Chaparro por el foro con Cañas.)

Cañas (Saliendo.) Bueno; estamos saliendo bien por un milagro de la Santísima Virgen.

Burgos (Vuelve á salir asustadísimo por la segunda izquierda.) ¿Oye, Cañas, y el mudo?

Cañas Ya se ha ido.

Burgos ¡Gracias á Dios! ¡Ay, Cañas, yo me siento morir!

Cañas Animo, Burgos; de esta ya hemos salido.

ESCENA IX

BURGOS, CAÑAS, DOÑA ROMANA, HERMINIA y DON PACO, por la segunda izquierda. Después SOTERA por el foro

Rom. ¿Pero es verdad que le ha pegado ese hombre á mi hermano?

Herm. ¿Es cierto que le han pegado á mi tío?

Burgos No, hija, no; que le ha hecho así un poco, y como Paco es así... (Indicando un pequeño empujón.)

Rom. ¡Que llamen á ese sinvergüenza! (A gritos.) ¡Sotera! (Muy fuerte.) ¡Sotera!

Cañas ¡Señora, por Dios!

Burgos ¡No, Romana, por las once mil Vírgenes! (Aparece Sotera en el foro.) Sotera, no haga caso, no llame usted á nadie. (Vase Sotera por la segunda izquierda.)

Rom. ¡Si llego yo á estar aquí sale por el balcón!

Herm. Yo pido socorro para que hubieran venido los guardias.

Rom. Y á todo esto tú sin tomar nada. Herminia, tráele á papá el pollo con tomate.

Burgos ¡No, por Dios! Si como ahora el pollo me muero, dejarlo para dentro de tres ó cuatro horas que esté más tranquilo; esto de este hombre me ha puesto nervioso.

Rom. ¡Azahar, traer azahar!

Paco Sí, que le den azahar.

Rom. ¡Pero, hombre, si estás sudando horriblemente!

Burgos Sí, sudor nervioso, figúrate.

Rom. Dame el pañuelo

(Burgos se mete la mano en el bolsillo, saca el pañuelo y se le caen los papeles.)

Burgos ¡Atiza, los papeles! (Se agacha á recogerlos.)

Rom. ¿Pero qué haces?

Burgos Nada, una factura que había roto, y no quiero... Toma, Cañas, tira eso por el balcón. (Se lo da.)

Paco Y dí que no estaba yo en mi casa, que si no ese tío se acuerda de mí. (Paseándose.)

Burgos Bueno, Paco, ya pasó.

Cañas Yo, señores, con permiso voy á llegarme un momento á casa á despedir á mi pobrecita hermana y á mi mujer; me estarán esperando impacientes, y...

Burgos Oye, Cañas, que no tardes: ya sabes que tú me alivias mucho.

Cañas En cuanto las despida, soy con ustedes. Me espera un momento trágico. Señores...

Paco Adiós, señor Cañas.

Herm. Usted lo pase bien.

(Vase Cañas por el toro.)

ESCENA X

DICHOS menos CAÑAS

Herm. La verdad es que este señor Cañas es una persona agradabilísima.

Burgos ¡Ah, no lo sabeis bien; y cuando conozcais á su señora, os va á parecer más agradable.

Rom. Así es como se explica que hayan tenido la paciencia de aguantar á esa pobre loca.

Paco Pero, hija, permíteme que te diga, que á eso no le llamo yo paciencia; eso es una lo-

cura mayor que la que padece esa desdichada; porque figuraos que un buen día se le ocurre tirarse por una ventana ó matar á uno.

Herm. ¡Ay, qué miedo! Tiene razón el tío

Burgos Si tiene un arma á mano, ya lo creo que la mata. (Todos están aterrados.)

Rom. ¡Qué horror! Bueno, Angel; tú no es posible que estés sin tomar algo: Herminia, trae á papá el pollo. (Vase Herminia por la segunda izquierda.)

Burgos No, Romana; que te he dicho que no tengo ganas.

Rom. Sí, haz un esfuerzo.

Burgos ¡Pues señor, mira que es manía!

Rom. Nada, nada, no tienes más remedio.

Paco Ahora sí que yo no lo discuto.

Burgos Bueno, como querais. ¡Señor, hasta cuando! (Salen por la segunda izquierda Herminia y Sotera con una bandeja con el servicio y el pollo.)

Herm. Aquí está esto: debe estar riquísimo, porque despide un olorcillo... Verás, papá. (Empiezan á poner la mesa. Se oye el timbre.)

Burgos Nada, que no puedo estar tranquilo minuto y medio.

Rom. (A Sotera.) Vaya usted á ver, Sotera. (Vase Sotera por el foro. Al poco rato se oye dentro un grito horrible.)

Todos ¿Qué pasa? (Se quedan inmóviles.)

Sotera (Saliendo por el foro despavorida.) ¡Que está ahí la... que está la!...

Todos ¿Quién?

Sotera Señorito... (Aterrada.) ¡Señora; la loca! (Todos dan un grito, tiran lo que tienen en las manos, y salen corriendo. Romana y Herminia por la segunda izquierda, don Paco por la primera izquierda y Sotera por la primera derecha. Al entrar todos cierran las puertas, dejan á Burgos solo en escena el cual se dirige al foro para irse y se encuentra con Magdalena.)

Burgos ¡Al que van á llevar á un manicomio, es á mí!

ESCENA XI

BURGOS y MAGDALENA que sale por el foro

Mag. Buenas tardes, caballero. Dígame usted la verdad, no me lo oculte usted. ¿Está aquí ese ladrón, asesino, sinvergüenza?

Burgos ¡Señora!... ¡Señora!... (Poniéndose de rodillas.) yo la imploro, de rodillas, que tenga la bondad de marcharse.

Mag. ¡Miserable! Ocho días sin parecer por su casa.

(Burgos mira hacia todos lados.)

Burgos ¡Señora, por los divinos clavos del Señor!

Mag. Si lo sé todo, caballero; si me lo ha contao el dueño de la tienda de vinos de la calle del Salitre. Si sé que han estao ustés los dos anoche de juerguecita. (Burgos hace señas.) ¡Como que no se iba á enterar mi persona!... ¡Ja, ja y sé lo del café de Marsella y la broma de la Bombilla.

Burgos ¡Yo sudo plomo derretido!

Mag. Y entoavía, el hipócrita, me lleva á casa engañá, jurándome to lo que había que jurar, pa meterme en casa, y una vez que entro, va ese tigre, cierra la puerta y se lleva la llave.

Burgos (Escamado.) Pero ¿no han estado ustedes en la Comisaría?

Mag. ¡Eso hubiera querido yo, pa que le hubieran llevao á la cárcel á ese golfo, ¡más que golfo!

Burgos ¡Rechirlo, qué sinvergüenza! Y me quería sacar otros diez duros.

Mag. Y gracias á que ayudá por unos vecinos, he saltao por la ventana de la cocina al cuarto de al lao; que, si no, ese tiburón me deja encerrá pa los siglos de los siglos.

Burgos ¡Ese tío es la Siberia!

Mag. Conque, por lo que usted más quiera, caballero, haga usted el favor de decir á ese randa que salga, y que venga conmigo, que tengo que contarle un cuento.

ESCENA XII

DICHOS; ROMANA, HERMINIA, DON PACO que han estado asomados y oyendo la escena anterior, salen por el sitio que se metieron. Después SOTERA por la primera derecha

Rom. Señora...

Burgos ¡La apocalipsis!

Rom. Señora, el sujeto que usté viene buscando, no está en esta casa.

Mag. A mí me han dicho, y ustedes perdonen, que había vuelto aquí.

Paco Ese randa, como muy atinadamente le ha llamado usted, ha estado aquí, en efecto; pero ha salido hace un rato; puede usted creerlo.

Burgos Yo le estaba diciendo aquí á la... (Hace señas de locura.)

Rom. ¡Chist! ¡No hace falta que meta usted más embrollo!

Burgos Romana, (Poniéndose de rodillas.) yo te juro que no he tenido la culpa; me encontré, casualmente, con ese hombre; achacando que era el santo de su mujer, me hizo beber coñac; yo, bebí... y, acuérdate del bautizo de nuestro hijo Angel. Veintitrés años de honradez, de intachable conducta, son más que suficientes para probar mi inocencia en este caso.

Paco Sí, hombre, levántate; si á la legua se comprende que ese tío es capaz de sacar de quicio á un merengue. (Burgos se levanta.)

Mag. Yo puedo jurar á ustedes que este pobre señor no tiene la culpa, como si lo viera: se encontró á ese perro, y quiás que no, lo metió en el trote. ¡Si lo conozco, si esto mismo ha hecho con diez ó doce caballeros que son tos unas malvas.

(Se oye el timbre.)

Burgos ¡Caracoles!

Paco ¡El, debe ser él!

Rom. Pero, ¿será posible que vuelva?

Burgos Seguro; viene por cincuenta pesetas que me pidió, para darlas en la Comisaría.

Rom. (Llamando.) Sotera; (Al verla salir de la primera derecha que se dirige al foro para ir á abrir.) espérese usted; no abra hasta que se lo digamos. ¡Vamos á ver hasta donde llega el cinismo de ese hombre! (A Magdalena.) Señora, tenga la bondad de entrar en ese cuarto, y, oiga lo que oiga, la ruego tenga mucha calma.

Mag. No sé si podré contenerme. Con el permiso de ustedes. ¡Ladrón! (Entra en la primera izquierda y Romana cierra la puerta.)

Rom. Sotera, abra usted. (Sotera se va por el foro á abrir.)

Burgos ¡Pobre Cañas; le estoy viendo en la tinaja de la cocina de su casa.

(Todos se sientan.)

ESCENA XIII

DICHOS; CAÑAS entra después enjugándose los ojos

Cañas (Afligidísimo.) Señores, ya me tienen ustedes de vuelta; ahora. más que nunca, comprendo lo acertado que estuve en no acompañar á mi mujer y á mi pobre hermana al manicomio... ¡Si llego á ir, me da un ataque al corazón, yo se lo juro á ustedes! ¡La pobre parecía que adivinaba que se iba á separar para siempre de mi lado! Nunca la he visto más tranquila. «Adiós, hermano»—me dijo con cara sonriente.—«Me lleva tu mujer á un colegio donde dice que hay muchas niñas; me dejarán jugar con ellas, ¿verdad?... Tú me llevarás juguetes; llévame muñecas, aros, combas.»—¡Qué escena, amigos míos, qué escena! Las lágrimas se agolparon á mis ojos, y lloré como un chico; como ahora, que no puedo contener el llanto: ¡pobre hermana mía!... ¡Y lo horrendo, lo qne crispa mis cabellos, es pensar en los golpes que la darán á la pobre cuando los ataques de locura!

Paco ¡Ah, no lo dude usted; los golpes van á ser espantosos!

Cañas ¡Horribles, don Paco, horribles!... (Llora.)

Rom. En lo que ha hecho usted muy mal, amigo

Cañas, y usted perdone, es en nó acompañar á su señora y á esa infeliz hasta el mismo manicomio.

Cañas ¿Por qué, señora?

Rom. Porque una mujer nunca tiene las fuerzas de un hombre, y figúrese usted que, sin que pueda evitarlo su señora, á esa desgraciada le da un ataque, se tira del coche, sale corriendo como lo que es, como una loca, y viene aquí, por ejemplo.

Cañas No hay cuidado, señora; á estas horas está encerrada la pobre, pensando en las muñecas, en los aros, en las combas... ahora, que puede que tenga usted razón. Hay que ponerse en todo: estaba por irme para ver... Sí, será lo mejor. (Dirigiéndose á Burgos.) Con el permiso de ustedes. Amigo Angel, ¿puedes oirme dos palabras?

Rom. Sí; sé lo que va usted á pedirle á mi esposo; cincuenta pesetas, ¿no es eso? Yo se las daré; tenga la bondad de acompañarme.

Cañas Con mucho gusto. (Vase con Romana por la primera izquierda.)

Burgos ¡Atiza!

(Romana vuelve á salir y á poco de entrar en la habitación Cañas, se oyen gritos, golpes y ruido de cacharros rotos.)

Cañas (Dentro.) ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡que me matan! ¡Que la sujeten! (Sale corriendo haciendo mutis por el foro.) ¡Que la sujeten!

Paco ¡Ya le decía yo que iban á ser horribles!

ESCENA ULTIMA

ROMANA, HERMINIA, DON PACO, BURGOS y MAGDALENA que sale por la primera izquierda toda sofocada

Mag. Pero, ¿por qué no han detenío ustés á ese sinvergüenza?

Rom. Será mejor, señora, que eso lo acabe usted de arreglar en su casa.

Mag. ¿En mi casa? Lean mañana la prensa periódica. Voy á ver si puedo coger á ese criminal: ustés disimulen. (Vase corriendo por el foro.)

Burgos Romana, Romana mía; creo que te habrás hecho cargo de...

Rom. No tienes que decirme una palabra; eso te servirá de lección para no fiarte del primero que encuentres, por muy amigo de la niñez que haya sido.

Burgos ¡Ay, hija mía; qué hermoso es tener la conciencia tranquila!

Herm. ¡Si tú eres muy bueno, papá!

Burgos Sí, soy muy bueno, hija mía; pero aunque me monden, no vuelvo á beber más coñac en mi vida.

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DE E. GARCÍA ALVAREZ

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edic.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista).
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (12.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª ed.)
Alta mar (4.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (10 ed.)
El Missisipí (2.ª edición.)
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda.
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero.
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (6.ª edic.)
El perro chico (4.ª edición.)
La reja de la Dolores. (3.ª edic.)
El iluso Cañizares. (3.ª edición.)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (4.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)
La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre. (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán.
La catástrofe de Burgos.

Obras de Antonio Casero

Madrileñerías.
El 1900.
La lista oficial.
La gente del pueblo
La gente alegre.
Los botijistas.
El querer de la Pepa.
El sábado de gloria.
La celosa.
El dios Éxito.
La boda.
La procesión del Corpus.
Romeo y Julieta.
La cuarta del primero.
Los charros.
Cosas de chicos.
La primera verbena.
Feúcha.
... y no es noche de dormir.
El iluso Cañizares.
La regadera.
El porvenir del niño.
El merendero de la alegría.
¡El miserable puchero!
El sueño es vida.
Los holgazanes.
Música popular.
El rey de la casa.
La familia de la Sole ó el casado casa quiere.
Las cacatúas.
Las mocitas del barrio.
La catástrofe de Burgos.

La gente del bronce (poesías populares). Agotado.
Los gatos (poesías populares). Prólogo de D. Jacinto O. Picón y epílogo de S. y J. Alvarez Quintero.
Los castizos (poesías populares). Prólogo de D. Mariano de Cávia y epílogo de D. Carlos Arniches.
El pueblo de los majos (poesías madrileñas). Prólogo de D. Jacinto Benavente y epílogo de D. Alejandro Larrubiera.

[illegible]

[illegible]

[illegible]